

Edgardo Cozarinsky

# CIELO SUCIO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

EDGARDO COZARINSKY  
CIELO SUCIO



Había estacionado junto a la vereda menos iluminada de Amancio Alcorta. Apagó el motor. No estaba impaciente, sabía que el hombre no iba a aparecer antes de las dos.

Lo había leído. Desde el día en que lo habían puesto en libertad, la semana anterior, iba todas las noches a tomar unas cervezas en un bar de la avenida Sáenz que cerraba a las dos. Lo imaginaba caminando despacio, respirando hondo el aire libre a pesar del calor de la noche de enero, antes de cruzar la avenida y volver a la villa por Iriarte. Tal vez fuera a sentarse un momento en uno de los bancos de cemento que bordeaban los canteros centrales en esas cuadras de Amancio Alcorta. (No pudo evitar la sonrisa al recordar que la pretensión urbanística los había denominado bulevar). Habían sido verdes; ahora, descuidados, castigados por el sol sin alivio del verano, se los veía amarillos, secos. Unas cuadras más arriba, pensó, el pasto sintético de la cancha de Huracán sin duda lucía siempre lozano.

Había descubierto por casualidad un sitio de internet equivalente de lo que en su juventud habían sido diarios como *Crónica*, y por curiosidad morbosa había entrado en él. Allí encontró los perfiles de unos pocos elegidos entre los miles que habían sido liberados en la provincia para aliviar el hacinamiento carcelario. Leyó la crónica de los primeros días de libertad recuperada: en las entrevistas, la mayoría se mostraban evasivos, poco locuaces ante el periodista demasiado amistoso que los abordaba, unos pocos cediendo a la invitación del desconocido que pagaba las cervezas.

El hombre que esperaba era uno de estos.

Lo reconoció en la silueta tambaleante que avanzaba por la vereda. Parecía de buen humor. Silbaba bajito.

Puso el motor en marcha, casi silencioso, sin avanzar. Cuando el hombre ya estaba cerca, bordeando el paredón de una fábrica clausurada, se lanzó hacia él a la velocidad máxima. En los segundos antes del impacto vio la expresión atónita más que asustada e inmediatamente el cuerpo aplastado, desarticulado, brazos sorprendidos en un ademán de cubrirse que no llegó a ser, cabeza que parecía caer sobre el pecho, boca abierta en un grito mudo, ojos muy abiertos que parecían interrogar. Y luego el cuerpo se deslizó fuera de su vista. Retrocedió unos metros y de nuevo avanzó, ya sin la misma velocidad. El automóvil se sacudió al pasar sobre el bulto inerte y rozó el paredón. Le pareció oír un crujido.

Se había levantado viento y oscilaban las lámparas colgantes entre los árboles de la avenida. Al alejarse no miró hacia atrás. Dobló en la primera calle en dirección a Parque Patricios y se detuvo a los pocos metros. Estaba al borde de una plazoleta apenas iluminada que, se enteraba en ese momento, habían bautizado Don Orión. Bajó para estudiar el paragolpes, los guardabarros. Dos abolladuras, una raspadura. Algo que parecía un trozo de tela se desprendió del paragolpes.

—No se preocupe. Nada serio.

No se dio vuelta inmediatamente. Por un instante creyó que había imaginado oír esas palabras. Cuando juntó coraje para mirar por encima de su hombro descubrió a un hombre joven a pocos metros de distancia. Facciones como talladas en una cara terrosa. Le sonreía. Parecía divertido por el relámpago de miedo que vio cruzar en la mirada del automovilista.

—Vaya ahora mismo al garaje de la calle Brandsen, a media cuadra de Necochea. De parte del suboficial Valdés. No hacen preguntas ni abusan con el pago. Además de la chapa, pídale que revisen los neumáticos. Puede haber huellas de sangre.

Solo entonces registró el uniforme de la Policía Metropolitana. Llevó una mano al bolsillo pero no había llegado a sacar dinero cuando el suboficial lo detuvo con un gesto.

—No, por favor. Usted hizo lo que yo tengo ganas de hacer y no me atrevo.

Esas palabras, inesperadas, incongruentes, turbaron al automovilista. El estupor desplazó a la inseguridad: su gesto podía haber sido entendido como intento de soborno. Quiso disculparse, buscó la mirada del policía pero no lo encontró. No lo había visto alejarse.

La plazoleta dormida, el rumor de los follajes inquietos en el viento... Se preguntó si no había alucinado. Sólo ahora se daba cuenta de lo agitada que estaba su propia respiración.

Se quedó de pie, inmóvil, un largo momento antes de volver al volante y dirigirse a la calle Brandsen.

Dos días después recibió un mensaje escrito.

No llegó por correo. Lo habían deslizado en el buzón del edificio en ausencia del encargado. En el sobre, sin duda con intención respetuosa, la palabra “Doctor”, que no correspondía a título alguno, precedía su nombre.

Aun antes de leer los renglones que llenaban la página, se preguntó cuánto hacía que no recibía una carta. Mensajes de mail, de whatsapp, para los diferentes grados de la comunicación personal; hasta las facturas de gas y electricidad ya llegaban por internet.

Se quedó mirando esa hoja de papel manuscrita. La sintió llegada de otro tiempo, de otra dimensión.

El remitente se presentaba como la persona que dos noches antes había tenido un gesto amistoso hacia el doctor. Pedía un encuentro para explicar cómo era que conocía la identidad del automovilista; prometía una información que podía serle útil y al mismo tiempo aseguraba no tener intención de “obtener provecho”. Si el doctor le hacía el honor de aceptar, lo estaría esperando



las próximas noches, entre las ocho y las nueve, en el bar de la esquina de Caseros y Luna. No había firma.

El vocabulario era esforzadamente formal. La letra, dibujada, la de una persona no habituada a escribir.

Pensó inmediatamente en algún tipo de trampa, en una celada. Pero todo era insólito: el episodio vivido, el encuentro nocturno en una plazoleta de Barracas, el comentario que nadie hubiese esperado de un uniformado... Supo muy pronto que, como tantas otras veces en su vida, la curiosidad iba a ser más fuerte que la prudencia.

No acudió, sin embargo, esa misma noche. Dejó pasar un día y, con un esfuerzo de voluntad, otro. Finalmente acudió. No llevó consigo tarjetas de crédito y en el bolsillo una cantidad limitada de efectivo. Antes de entrar estudió el lugar por la ventana que daba a Caseros: un bar iluminado por vetustos tubos de neón, opacados por generaciones de moscas distraídas, que le daban cierta atmósfera turbia de acuario. El suboficial, pensó, debe haberlo elegido a distancia de la comisaría donde revistaba para evitar un encuentro casual con otros policías. Decidió grabar en su memoria, observándola desde la calle, la cara que en el primer encuentro había entrevisto a contraluz. Parecía más joven de lo que recordaba. Los mismos rasgos como tallados, la piel terrosa. Tucumano o salteño, pensó. Bebía una gaseosa tal vez por estar de uniforme no se permitía una cerveza, y comía un sándwich.

Al ponerse de pie se pasó una mano por la boca, como disculpándose por estar masticando. Esperó a que su visitante se hubiese sentado para volver a sentarse. Un breve silencio le indicó que le correspondía ser el primero en hablar.

–Le pido disculpas, doctor, por haberle escrito. Un metido, habrá pensado.

Con una sonrisa y un gesto, el visitante le pidió que continuara, que no había de qué disculparse.

–Fui a buscar su nombre y dirección en el registro de la mesa de entradas de la seccional 23, en aquel entonces se les decía “seccional” a las comisarías. No se crea que siempre estuve afectado a la 34. Fue por un problema de disciplina que me trasladaron.

Vaciló, sintiendo sin duda que abordaba un tema delicado. La mirada atenta, el silencio del visitante lo autorizaron a seguir.

–Una noche, hará un año o más, usted llegó a la seccional, frente al Botánico. Iba a buscar a una mujer joven, muy linda, muy sensual. Los que estábamos de guardia quedamos impresionados. Había caído, junto a otras personas, en una redada en casa del dealer de la calle Serrano, un individuo que recibía a sus clientes como si fueran visitas: conversaban, tomaban mate o una gaseosa mientras esperaban el turno de la transa, que ocurría en la habitación de al lado. Entre los detenidos había una parejita joven con un crío en brazos de la madre. En fin... cosas de la noche. La mujer que salió

con usted estaba tan fuerte que mis compañeros comentaron, usted disculpe pero pienso que le hará gracia la expresión: “Hay que ser cheto para agenciarse un minón semejante...”.

La sonrisa del visitante dejó paso a una risa breve.

–Bueno, doctor, quería decirle que si sigue viendo a esa amiga, no sé, no creo que sea su esposa, en todo caso no la deje que vaya a cualquier lado.

Le extendió al visitante una servilleta de papel donde había escrito algo.

–Dígale que no se meta en problemas, que para cuando necesite lo llame a este amigo. Es de confianza. Calidad y precio.

Bajando un poco la voz añadió:

–Es de los nuestros.

El visitante leyó en la servilleta un nombre de fantasía y un número de teléfono. Levantó la visita para agradecerle al suboficial, pero éste ya se había ido.

Se quedó pensando, sonriendo al recordar la admiración de los suboficiales de guardia ante la mujer que había ido a buscar. Había sido otra noche de verano, como esta.

No le había dicho a ese desconocido, que ya empezaba a considerar un amigo, que aquella mujer era su hija.

A mi hija no le va a servir de mucho este contacto, pensó; hace un año que vive en Barcelona.

Sin embargo, no tiró a la basura la servilleta que le había dado su inesperado ángel de la guarda; pensó en los jóvenes cuya compañía prefería a la de los colegas de su edad, ya encontraría a quién pasársela, a uno que la mereciera. ¿Y si se la mandase por correo a su hija? Así como él había recibido, por primera vez en mucho tiempo, una carta escrita en papel, ella se sorprendería al recibir esa servilleta de bar con un seudónimo evidente –Flor de Ceibo– y un número de teléfono garabateados. Tal vez se inquietase: un mensaje secreto, alguien forzándola a entrar en una conspiración. Esta hipótesis y sus variantes lo divertían, eran un lazo imaginario, irónico, no sentimental, con la ausente, la hija que, había terminado por admitirlo, ya no extrañaba.

Un buen día, Mariana tendría trece años, había decidido sin declararlo moderar gradualmente las manifestaciones de afecto. Ella advirtió de inmediato la iniciativa del padre y respondió con un corte tajante: dejó de bus-

car el contacto físico que desde la infancia había sido habitual, dormir pegada al padre en las noches de miedo, apoyar la cabeza en su hombro mientras veían televisión. En algún cumpleaños lo había presentado a sus compañeras del colegio como “mi novio”. La hija se reía, el padre también; se dejaba incluir, divertido, en la comedia de la hija. Para el padre, la ausencia de una madre justificaba el apego fuerte. Cuando una amiga del padre se quedaba a dormir en el departamento, la hija cerraba la puerta de su cuarto y ponía música a todo volumen.

Recordaba el día del quiebre. Nada especial había anunciado el cambio y en pocos segundos él lo supo inevitable. Al volver del colegio, ella lo abrazó y él sintió los pechos incipientes apretados contra su cuerpo. Con orgullo, los había visto crecer, tomar forma, comprobar que su hija iba haciéndose mujer. Ese día, por primera vez tuvo esos pechos contra su cuerpo. Ella no se desprendió del abrazo; en cambio, buscó el contacto con todo el cuerpo. Él sintió la reacción entre sus piernas y tuvo miedo porque ella también la sentía y la aceptaba. Fue apenas un instante, lo recordaba con precisión. Dio un paso atrás para separarse de ella (me eché atrás, pensó, en el sentido más propio de la expresión) y vio en los ojos de su hija una sonrisa casi desafiante. “Arrugaste” leyó en su mirada.

No hablaron del episodio, pero a partir de ese día ella se limitó a un beso en la mejilla al volver a casa, él a una breve caricia mientras admiraba la belleza que se iba defi-

niendo. Poco más tarde, llegó la edad en que fue natural que ella ya no anunciara adónde iba cuando salía, quién la acompañaba, que no compartiera con él las nuevas experiencias que, el padre intuía, iban haciendo de ella ese “minón” que una medianoche de verano, años más tarde, iba a calentar a distancia a los suboficiales de guardia de una comisaría frente al Botánico.

Pocos meses antes de esa noche, Mariana había hablado del proyecto de abrir un bar en Barcelona en sociedad con un músico catalán que había conocido en Buenos Aires. Él sintió que flotaba en el aire el pedido de dinero. Había ganado un importante premio literario meses antes y prefirió entregarle a su hija esa suma; más escéptico que pesimista, previó que un nuevo bar en El Born, uno más, en manos de entusiastas sin experiencia, no tendría larga vida.

Se le ocurrió que tal vez estuviese comprando la ausencia de su hija. Un escritor, se sabe, no suele ser buen padre de familia, no sacrifica la soledad elegida, mezquina la compañía cuando los demás la necesitan. Su dádiva hubiese merecido la desaprobación, labios fruncidos, palabras agrias de parte de la madre, si no hubiese hecho “abandono del hogar” cuando la niña tenía tres años. Esa ausencia, se rio francamente, no le había costado un centavo.

Se preguntó también si al poner distancia con la hija no estaba alejando al mismo tiempo el recuerdo incómodo de aquel momento en que vaciló pocos segun-

dos, nunca supo si por respeto al tabú o cediendo a la cobardía. Había estado esquivando la respuesta durante años sin lograr que la pregunta, gastada, terminase por borrarse.

Sí, le enviaría a Mariana la servilleta doblada como una información indescifrable. Tal vez le provocase un momento de perplejidad.